El descenso*

* Relato ganador del XIX Concurso Latinoamericano de Cuento, Puebla, México, 1990.

Ay, grief goes, fades; we know that
—but ask the tear ducts if they have
forgotten how to weep.

WILLIAM FAULKNER,
Absalom, Absalom!

I have sunk low. Let me sink lower still,
that I may know the truth.

MALCOLM LOWRY,
Under the Volcano

Era inútil.

Alejandro retrocedió más de veinte páginas hasta el punto donde había iniciado la lectura, una hora antes, y volvió a doblar el borde superior de la hoja. Cerró el libro con un suspiro y lo colocó sobre la mesa del comedor. Luego apagó la lámpara y durante un tiempo permaneció sentado en la oscuridad, respirando despacio y escuchando el monótono aleteo del ventilador que pendía del techo.

Al cabo de un rato se levantó y encendió un cigarrillo. Salió a la terraza de madera. Las tablas crujieron bajo sus pies descalzos. Se acodó en la baranda y contempló el vasto cielo estrellado. No había luna y tampoco una sola nube en el firmamento. Bajó la mirada, y observó el angosto sendero de piedras lisas que descendía al mar, serpenteando entre palmeras altas y torcidas. La noche estaba quieta y hacía calor. Cayó la brisa, advirtió. Las palmas de los árboles no se movían y el mar, a cincuenta metros, yacía tranquilo, silencioso. No escuchaba las olas reventar contra la costa de piedra volcánica, y en cambio las imaginó trepando y retrocediendo sobre las rocas puntiagudas, sin romperse, llenando y vaciando los huecos y las grutas. Escrutó el lugar donde supuso que estaría el horizonte. Aún no había señas del amanecer. Debe ser más temprano de lo que pensé, se dijo. Chupó el cigarrillo con fuerza y reconoció que tenía por delante una noche especialmente larga.

Soltó una bocanada de humo. Dio medio vuelta y se apoyó de espaldas contra la baranda. Examinó distraído la

fachada de la casa, y mentalmente anotó los arreglos que hacían falta, empezando por una nueva mano de pintura y taponar la docena de goteras que dejó la última temporada de lluvias. Pero eso puede esperar, reflexionó. Hay otros reparos más urgentes. Se volvió de nuevo y aspiró a fondo el cigarrillo.

La pequeña casa de dos niveles, construida sobre pilotes en medio de un bosque de cocoteros, estaba ubicada en el costado suroeste de la isla, lejos del pueblo, y había sido diseñada según el estilo tradicional del Caribe, con el techo de palma seca y las paredes de tablas sin cepillar. En el segundo piso había un baño y dos alcobas con amplios ventanales que daban al mar sobre las copas de las palmeras, y en el primero se encontraban la cocina y el salón con sillas, una hamaca y, debajo del único ventilador en toda la casa, una mesa redonda que servía de comedor y también de escritorio en las noches sin viento. Frente al salón se extendía la terraza de madera con una baranda de palos rústicos sin tornear, y desde allí se apreciaba la vista preciosa durante el día: el océano azul intenso atravesado por las lanzas de las palmeras.

Volvió a chupar el cigarrillo.

Le pareció raro que no estuviera cansado. Esa tarde se había propuesto iniciar su nueva obra de teatro, pero después de una agotadora jornada de trabajo que exprimió todas sus energías para concluir media página que aún no lo convencía, había resuelto subirse a dormir y ensayar de nuevo al día siguiente. Sin embargo, al cerrar los ojos, Alejandro sintió que ingresaba en un recinto de tinieblas. Duró un instante extraviado en las afueras de su vigilia, y de pronto ya no estaba tendido sobre las sábanas de su cama sino caminando por un parque desconocido durante una tarde de verano. Estaba solo, lo cual le pareció extraño, pues la temperatura cálida y agradable y el cielo despejado invitaban a que hubiera niños correteando por la grama y parejas sentadas en los bancos de hierro forjado

o paseando alrededor de las fuentes de agua. De repente, el cielo se cubrió de nubes negras y amenazadoras, y antes de poder correr se desplomó un aguacero torrencial. Huyó sin saber adónde, diciéndose con un terror incomprensible: «¡Me voy a ahogar! ¡Me voy a ahogar!». Y despertó de un sobresalto, empapado en sudor. Trató de retener la pesadilla pero se le escurrió entre los dedos de su memoria. Lo intentó de nuevo y tampoco tuvo suerte: las imágenes brumosas iban lejos. No pudo conciliar el sueño, de modo que se puso un pantalón corto y bajó descalzo y sin camisa al salón para leer mientras lo volvía a dominar el cansancio. Tal vez fue el calor, se había dicho.

Aspiró el cigarrillo. Desde la baranda de la terraza contempló los cocoteros inmóviles. Algo en el ambiente, quizás la rigidez de las palmeras, el insomnio o la falta de brisa, le recordó una lejana noche semejante. Alejandro solía escribir en su alcoba de cara al mar, después del atardecer y hasta quedar rendido, pero aquella noche, al igual que esta, el calor lo había trasladado al salón en busca de la frescura del ventilador. Siguió trabajando en la mesa del comedor, concentrado en la escena final de su segunda pieza teatral, pero a la hora un apagón cortó el fluido eléctrico y las aspas del ventilador aletearon hasta detenerse por completo. El bochorno lo sacó de la casa a la fuerza. No tenía sueño, y por un momento fantaseó con el ejemplo de uno de sus autores predilectos que, según había evocado en sus memorias, en el transcurso de una noche sofocante en la isla griega donde vivía, había concluido su primera novela inmerso en el mar con el agua a la cintura, escribiendo sobre un grueso tablón atiborrado de velas encendidas. Pero la costa frente a su casa no era de arena sino de piedra volcánica, y caía honda y vertical. En todo caso, esa noche Alejandro se había decidido por una zambullida para escapar del calor, de modo que bajó al mar por el sendero de piedras que se abría camino entre las palmeras hasta llegar a la plataforma de madera entablada sobre las

rocas grises. Estaba a punto de lanzarse al agua cuando lo atajó un brusco chapoteo en la orilla. Entonces percibió el olor. Era la pestilencia inconfundible de carne podrida. Tapándose las narices, Alejandro se acercó al trozo de mástil amarrado a la esquina de la plataforma, del cual pendía una vieja lámpara de petróleo comprada años atrás en un remate de naufragio; sacó los fósforos guardados en el interior y prendió la mecha; se asomó por el borde de la plataforma, y en el tembloroso fulgor entrevió el descompuesto cadáver de un ternero, bamboleando en la orilla. Se asomó un poco más, y en la penumbra vio a los tiburones golpeando el animal. Los escuchaba voraces y los veía montándose unos sobre otros, sacando medio cuerpo del agua, despedazando el ternero a dentelladas; se volteaban boca arriba, mostrando la barriga blanca, y se retorcían para hundir los dientes y arrancar en convulsiones los pedazos de carne hecha flecos, que se alejaban a engullir en espasmos. El agua hervía en el frenesí y sobresalían los aletazos en medio de las sombras. Alejandro se acomodó en la esquina de la plataforma, respirando por la boca, y presenció el festín hasta que sólo quedaron los destellos de unos pececitos disputándose los restos.

Chupó el cigarrillo y no pudo evitar una sonrisa triste. Había mordido de nuevo el anzuelo de la memoria. No vine aquí para recordar, se recriminó por enésima vez. Terminó el cigarrillo forzándose a no recordar nada y permaneció acodado en la baranda, observando la masa oscura del mar a través de las palmeras.

Había venido para olvidar. Llevaba más de una semana en la isla, y pese a que la experiencia no había sido fácil y menos aún placentera, reconocía que la tenía que vivir. Alejandro era consciente de que solamente en esas condiciones, aislado, retirado, lejos de la ciudad y de todo lo que le recordaba su tormento, podría enfrentar los hechos y tal vez comprenderlos. En efecto, en estos días había aprendido bastante. Había aprendido que lo bueno no es

siempre lo agradable, que esos términos no son sinónimos y que hay momentos que se justifica sentir e incluso saborear, aunque duelan. No era un tonto masoquismo. Era aceptar que su esfuerzo por salir adelante incluía una elevada dosis de dolor, e ignorarlo no sólo era ingenuo sino también peligroso. Por supuesto, había sentido la tentación de sacarle el cuerpo a la prueba, eludir la contienda y dedicarse a la fiesta y a los amigos, pero ahora él sabía que esos escapismos sólo aplazaban la inevitable confrontación, en vez de superarla. Ciertamente, era un reto que lo desafiaba en forma implacable, una experiencia que le estaba revelando sus auténticos límites. Por medio suyo estaba descubriendo cuánto podía soportar y hasta dónde podía llegar. «Los únicos espejos realmente fieles son los que representan un verdadero peligro», había escrito la noche antes en su diario. Porque a pesar de que ella lo había empujado al abismo, ahora su suerte dependía de sí mismo. No sacaba nada culpando a nadie más, pues en última instancia él sería el responsable de hundirse hasta reventar, o, por el contrario, de resurgir. Y en este momento sólo le quedaba ahogarse en el fondo de su pena o más bien darle la bienvenida a la batalla y, ojalá, con el tiempo, salir a flote.

Aun así, le había sorprendido la dureza de la prueba: admitir que podía ser destruido. Y algo que nunca creyó posible: destruido por razones sentimentales. Ahora, un mes después de la ruptura, meditaba sobre el significado de la pérdida. En verdad, quizás por eso había venido a la isla. No tanto para olvidar un suceso que en lo más profundo de su corazón sospechaba inolvidable, ni para limitarse a sufrir el abandono sino para integrarlo, asimilarlo, como quien escruta el trayecto de un ciclón luego de su paso arrasador. Por lo demás, no tenía alternativa. Ella nunca explicó su decisión, de modo que el duelo estaba preñado de interrogantes, y el esfuerzo por entender o racionalizar lo que él sabía que le podía pasar a otros, y a su vez había

leído en novelas y visto en películas pero que jamás pensó que le podría ocurrir a él, terminaba siempre en un túnel sin luces o salida, una caverna minada de preguntas, con su mente atrapada, chocando contra los muros de su incomprensión. Allí reinaba la incertidumbre, que corroía. Alejandro aplastó el cigarrillo en la baranda de la terraza, y por primera vez contempló su interior en ruinas.

Regresó a la sala y pasó a la cocina. Abrió la nevera, buscó entre lo poco que había y sacó una manzana. Otra posibilidad es vestirme y marcharme al pueblo, pensó mientras mordía la fruta. Pero le aburrió la idea de conducir los treinta minutos que lo separaban de la civilización para terminar en un bar rodeado de gente extraña con un ruido ensordecedor. Además, reconoció, sería trampa. Entonces prendió todas las luces de la sala para espantar la soledad y se recostó en la hamaca, meciéndose suavemente y mordiendo la manzana.

—¿Me regalas?

Le pasó la fruta. La vio hundir los dientes en la delicada textura roja y arrancar ruidosamente un mordisco. La brisa avivaba las llamas de la fogata en la playa, la leña seca crepitando y chisporroteando, y a la luz del fuego veía su cuerpo recién bañado en agua dulce, envuelto en una toalla blanca que resaltaba aún más su piel bronceada. Se había hecho una trenza con el cabello mojado, y sus senos firmes se adivinaban bajo la línea de la toalla.

—Has tomado un color hermoso —le dijo.

Ella sonrió con la boca llena, mirándolo de reojo, provocativa. Se sentó a su lado en la arena.

—Después de hoy —dijo a manera de explicación—, imagínate.

Estaban en uno de los cayos de la isla, el más pequeño y el más remoto. Habían llegado temprano en la mañana y pescado con arpones durante el día, bordeando el interior del arrecife que se extendía más de quince kilómetros mar adentro como el dedo de un esqueleto. Ella no pescaba tan

bien como él, pero le gustaba nadar a su lado, arrastrando un pequeño flotador que usaban para meter los peces que luchaban y rebotaban antes de morir, y le encantaba verlo de pronto zambullirse tras un pez enorme y atravesarlo de un arponazo y romper superficie, soplando por el tubo respirador como un delfín, con el animal temblando en la punta de la varilla de acero. Por la tarde, al caer el sol, habían regresado al cayo donde yacía la lancha de dos motores fondeada frente a la playa, y comenzaron a prepararse para la noche. Luego de desembarcar las provisiones entre ambos y de ordenarlas junto a unas palmeras, ella se dedicó a limpiar los pescados en la orilla, raspando las escamas y arrojando las vísceras al agua, mientras Alejandro colgaba las hamacas y recorría la playa en busca de leña de deriva para la fogata. Después inspeccionó los árboles cercanos hasta dar con una buena rama para guindar la ducha portátil, la vejiga de veinte litros de agua dulce con manguera y regadera que funcionaba mediante la fuerza de la gravedad. Ya de noche, al final de un crepúsculo incendiado y con las llamas del fuego latiendo en la oscuridad, ella guardó los pescados en la nevera atestada de hielo y aprovechó la ducha para despojarse del traje de baño y quitarse la sal del mar.

Oían las olas desparramarse en la arena. Se terminaron la manzana entre los dos. Alejandro tomó la linterna de buceo y volvió a recorrer la playa hasta que encontró tres conchas de caracol de buen tamaño que clavó en la arena en triángulo junto al fuego. Ella llenó la olla grande con agua de mar y la acomodó sobre las puntas sobresalientes de las conchas. A continuación introdujo bajo la olla tizones candentes y puñados de maleza seca y pedazos fibrosos de cáscara de coco, y cuando el agua empezó a burbujear, metieron con cuidado las dos langostas que él había sacado con las manos.

Alejandro quedó fascinado al verla comerse el crustáceo. Con una sonrisa de indecible placer, ella abría el

caparazón entre traquidos y con los dedos arrancaba los trozos humeantes de carne blanca, quebrando las patas y las antenas, lamiendo los fragmentos, chupando los tubos de las patas rotas.

—Te gusta, ¿no?

Ella asintió, riendo.

—Recuerda que luego viene el pescado.

Ella volvió a sonreír. Cuando acabó de devorar toda la carne y de absorber todos los jugos posibles de la langosta, se puso en pie y con un fuerte impulso lanzó el amasijo hecho trizas al mar para que los peces remataran las sobras. Se enjuagó las manos en la orilla y de pronto soltó un grito de emoción:

—¡Fósforo!

El agua, en efecto, brillaba revuelta con fuego helado. Al rozar la superficie los dedos dejaban una luminosa estela azul fosforescente. Alejandro llegó corriendo y se revolcaron en las olas, pateándose agua como paja encendida, cubriéndose las mejillas, la frente y los párpados con brillantes granos de arena, dejando el rostro oscuro punteado de estrellas. Al rato quedaron tendidos y jadeantes, empujados suavemente por la resaca. Entonces ella lo miró en serio y cerró los ojos. Alejandro se acercó gateando, la libró de la toalla ensopada y admiró su desnudez rociada de chispas. Percibió su respiración agitada. Observó su cabeza echada hacia atrás y el cabello ahora suelto, libre, sucio de arena centelleante. Acarició su cuerpo, que parecía cubierto de lentejuelas; las piernas y los brazos abiertos, los pies clavados en la arena, la piel erizada, despertando al contacto de sus yemas. La sintió húmeda entre sus dedos.

Detuvo la hamaca. Miró la manzana medio comida en su mano. Mierda, se dijo. Y dejó escapar un suspiro de profundo agotamiento.

Sin duda, lo peor había pasado. Eso lo sabía. Pero esa certeza no le servía para calmar la presión que le estrujaba el corazón. Su corazón… Por fin había entendido por qué

asocian ese palpitante músculo con el amor. Aquel órgano, que en realidad no tenía por qué diferenciarse de cualquier otro, literalmente dolía con la pérdida y se sentía como si se fuera a quebrar en pedazos. Era un dolor insoportable y todavía más imperdonable, y por eso quien fuera responsable de causar esa angustia que quitaba el aliento, ese lento y criminal giro de taladro en el pecho, era odiado para siempre. Otra tontería, él había descubierto, porque el odio creaba nexos más duraderos que la pasión: una dependencia atroz, amarras como cordones umbilicales de acero.

Decidió salir.

Al menos si pudiera hacer algo. La impotencia era lo que más lo podía enloquecer. Sabía que la única opción que tenía frente al carácter irreversible de la situación era soportar el dolor. Pero si ello consistiera en alguna actividad, por más descabellada que fuera, sería menos desesperante. Por el contrario, él entendía que soportar el dolor consistía en sólo eso: tragar. Quedarse quieto, porque huir era inútil, y aguantar el aplastante peso de la tristeza con la insensata esperanza de que algún día, tarde o temprano, esta terminara de pasar.

Descendió por la escalera de la terraza. Sintió las piedras frescas de rocío bajo sus pies. Entró en el garaje y se dirigió al armario donde tenían guardados los equipos de buceo. Minutos después, se encontró bajando al mar por el sendero rodeado de palmeras altas y esbeltas, llevando el regulador alrededor del cuello, el maletín con el resto del equipo en una mano, y la otra sujetando en equilibrio el tanque de aire comprimido echado al hombro.

Al llegar a la plataforma de madera advirtió que la brisa se había incorporado levemente. Las olas alcanzaban a reventar suaves contra la orilla de rocas negras y dejaban una ligera espuma tras el arrastre. Las palmeras se mecían como si negaran, y el viento susurraba en la noche sin luna. Escuchó el carraspeo de las paticas de los cangrejos

en las piedras, el ruido como hojas secas barridas sobre el asfalto de la calle. Descargó el equipo asentando el tanque en las tablas, y en la oscuridad distinguió la silueta del mástil con la lámpara de petróleo rozando la madera. Buscó los fósforos y la encendió. La plataforma se inundó de un oscilante claroscuro que resaltaba el contorno de las cosas. Sí, reconoció, lo peor ha pasado. Eso lo sé. Abrió la cremallera del maletín y palpó en busca de la linterna de buceo. Con la ayuda de su luz exacta sacó el arnés del tanque. Era uno de los viejos, desprovisto del cómodo chaleco inflable de los arneses modernos, pues los dos que tenía los había llevado hacía poco a reparar a la tienda de buceo, pero pensó que no sería una molestia demasiado grave. Entonces ajustó el arnés en torno al tanque de aluminio, apretando las cinchas, ensayando las hebillas, alzándolo para comprobar que no se fuera a soltar durante la inmersión. Atornilló el regulador a la cabeza del cilindro, apuntó la luz a los cristales del indicador y abrió el pomo redondo del grifo: la aguja del manómetro giró y se detuvo en la raya que marcaba tres mil libras de aire a presión. Hundió varias veces la válvula de la boquilla y escuchó los enérgicos soplidos. Dejó el tanque y extrajo del maletín las aletas, la máscara, el cuchillo y el cinturón de lastre. Siempre alumbrando con la linterna, bajó con cuidado los escalones tallados en la roca volcánica que ingresaban en el mar. Se detuvo en el penúltimo escalón, y cuando la ola trepó cubriendo sus tobillos, sumergió todo el equipo en el agua fresca y salada. Mientras humedecía y refregaba los objetos, se fijó por un instante en sus muñecas. Sí, se dijo. Lo peor ha pasado. Subió a la plataforma con la linterna apretada bajo la axila, pisando atento los escalones resbaladizos, escupiendo dentro de la máscara y frotando la saliva alrededor para evitar que el cristal se empañara. Sin embargo, antes de ponerse el equipo, apagó la luz por un momento y se sentó en el borde de la plataforma, colgando las piernas sobre el vacío, igual a la vez remota cuando

presenció a los tiburones devorándose el ternero. Miró hacia atrás. Cincuenta metros en subida y a través de los troncos de los cocoteros, observó la casa erguida sobre pilotes con todas las luces del salón encendidas. Volvió la cabeza, y contempló el encrespado lomo del mar respirando bajo un firmamento vivo de astros titilantes.

Ciertos detalles de la última vez que conversaron guardaban una nitidez sorprendente, y volvían una y otra vez como olas en las playas de su memoria. La cita era en el café que ambos preferían, pues simpatizaban con la joven que servía las bebidas y administraba el equipo de sonido tras la barra. En la terraza había un par de mesas bajo un colorido parasol, y llegando a la calzada se levantaban tres robustos urapanes que aislaban el café del inmediato río de automóviles. Por alguna razón, hasta el ruido del tráfico, a tan corta distancia, se oía lejano e indiferente. La fachada del establecimiento era toda de vidrio, de modo que gozaba de excelente luz, y en las soleadas tardes de viento los urapanes soltaban una llovizna de semillas que caían girando como aspas diminutas, destellando en brillos salpicados por el sol.

Había llegado temprano, así que ocupó la mesa de siempre. Era la del rincón próximo a la terraza, y aunque estar allí era como estar en una vitrina, las ramas del urapán cobijaban esa esquina con una sombra íntima. Pidió un capuchino, y mientras lo traían dirigió una mirada taciturna a la calle. Advirtió que pronto llovería. Vio a la gente que apresuraba el paso, desapareciendo paulatinamente, dejando la calle desierta. Vio las hojas secas de los árboles barridas sobre el asfalto y los andenes. Vio las nubes que se tornaban negras y amenazadoras. Pensó en la cita, anticipando los diferentes escenarios posibles, y aunque se imaginó un tormentoso encuentro, confió en poder remediar la situación. Sea lo que sea, se dijo, esto lo tenemos que arreglar. Lo contrario ni siquiera era una opción, porque su vida sin ella era inconcebible.

Hacía más de una semana que no se habían visto. Una noche sonó el teléfono a las cuatro de la madrugada, mientras ella estaba de viaje, y en el entresueño él reconoció su voz, que le decía sin rodeos que se había cansado de la relación y que no lo quería volver a ver nunca más. Si no hubiera sido por aquel tono tan severo y tajante, Alejandro habría pensado que se trataba de una broma de mal gusto. Pero por lo visto era en serio, aunque él no podía entender ni descifrar lo ocurrido. Jamás había estado tan enamorado en toda su vida, ni más ilusionado con el futuro que en ese momento, e incluso estaba planeando por esas fechas proponerle que se casaran o al menos que vivieran juntos, de modo que esa llamada era lo último que figuraba en su horizonte. Entonces él quedó como un planeta expulsado de su órbita, dando vueltas en el vacío, girando pero sin rumbo ni centro de gravedad. Y aunque esa faceta intempestiva de su personalidad no le era extraña, pues en otras ocasiones él la había visto estallar violenta e inesperadamente, esto parecía ser distinto. Alejandro no recordaba una crisis comparable, ni la había escuchado decir las cosas de manera tan concluyente. Aun así, él necesitaba respuestas y claridad, porque aceptar que la estructura de pertenencia y estabilidad que con tanto esfuerzo habían levantado entre ambos se había derrumbado sin una razón válida y sin ninguna esperanza de salvación era demasiado. El no saber qué había pasado y los incesantes interrogantes como hachazos al armazón de su vida le hicieron marcar el teléfono repetidas veces, exigiendo una explicación. Ella se negó cada vez, hasta que a la semana consintió con fastidio y lo citó en el café.

La joven, sonriente, le trajo el capuchino. Alejandro examinó la bebida. Se fijó en la taza y en el platillo de porcelana blanca, separados por una servilleta de papel; los dos sobres de azúcar morena al pie de la taza; la temblorosa montañita de espuma espolvoreada de cocoa que él

debía perforar con la cucharita para verter el azúcar, y, al final, el labio de la taza untado de una costra de espuma seca. A pesar de que el capuchino siempre le proporcionaba un placer sencillo pero reconfortante, quizás más psicológico que físico, esa vez le supo a veneno. Como ella se demoraba en llegar él pidió un *brûle*, una copa de vino caliente aderezado de frutas y canela, ideal para combatir el frío de la sabana bogotana, y cuando la joven se lo sirvió él aspiró el humeante olor del vino tinto mezclado con trozos de manzana y astillas de canela flotando en la superficie sangrienta. De pronto la vio. Caminaba hacia el café con pasitos cortos, impacientes, y una expresión en su rostro que no le había visto nunca. En ese instante él comprendió que su imaginación se había quedado corta frente a la gravedad del problema, y que la tormenta que veía venir anunciaba el derrumbe del bloque central de su vida. En efecto, apenas ella ocupó sin sonreír la silla de enfrente, se desató un aguacero torrencial, que golpeaba ruidosamente los cristales del café, entonces él se apresuró a decir que llevaba días con catarro para que ella no creyera que la causa de sus ojos vidriosos era otra.

Sin darse cuenta, había comenzado a ponerse el equipo de buceo. Ya tenía abrochado el cinturón de pesas a la cintura. Le incomodó el desequilibrio de los plomos mal distribuidos, de modo que repartió el lastre corriendo las pesas a puntos equidistantes, dejando un espacio libre en la base de la espalda para el tanque de aire. Se colocó el cuchillo en la pierna derecha, la vaina ceñida al músculo, y conectó las ligas en torno a la pantorrilla. Sin ponerse de pie, acercó el tanque y pasó el brazo derecho por la correa del arnés. Tiró de la correa y la acomodó sobre el hombro, alisándola al caer sobre el pecho; luego torció hacia atrás el brazo izquierdo, tanteando con la mano el interior de la otra correa, y lo pasó sintiendo la dura cinta rasparle el antebrazo. Alisó la correa sobre el pecho. Encogió los hombros, y el arnés unido al peso del tanque de aluminio

se asentó contra su espalda. Se incorporó con dificultad, experimentando los muslos tensionados, y aceptó la carga del cilindro con las correas hincándose en sus clavículas. Se abrochó el cinturón del arnés, apretándolo con fuerza, y tiró de las puntas de las cintas que bajaban por los hombros hasta que el arnés se ajustó a su espalda. Las venas se hincharon en sus brazos. Moviéndose con torpeza, se calzó las aletas y recogió la linterna y la máscara. Tomó la manguera que colgaba a su costado derecho e introdujo el regulador en su boca, mordiendo el caucho. Inspiró, y una fresca bocanada de aire comprimido invadió sus pulmones. Se acercó con paso de robot al borde de la plataforma, sosteniendo la linterna y la máscara en una mano y sujetando la boquilla del regulador en la otra, para que el golpe contra el agua no se la arrancara de los dientes. Palpó el filo del suelo de tablas con la planta del pie y esperó la llegada de una ola grande para recortar la altura de la plataforma. En seguida dio un paso de soldado sobre el vacío, y cayó de pies dentro del mar.

Sintió por completo el abrazo del agua. Sumergido del todo por un par de segundos, pataleó suavemente para alejarse de la orilla de rocas puntiagudas y rompió la superficie de cara primero, quedándole el cabello peinado hacia atrás. Manteniéndose a flote y con la linterna apretada bajo la axila, enjuagó y limpió la máscara y se la presionó contra el rostro, estirando la banda elástica tras la cabeza. Giró el cuerpo en la superficie oscura, suspendido por la masa negra del agua, y desde allí echó un último vistazo a la plataforma salida sobre el mar, con la lámpara de petróleo y su tenue luz amarillenta que pendía del mástil en la esquina, y los escalones esculpidos en las rocas que emergían de las olas quebradas. Entonces Alejandro hundió la cabeza y empezó a descender, resbalando lentamente, sumergido por el peso de los plomos.

La oscuridad bajo el agua es perfecta. Tanto, que por un segundo Alejandro piensa que tiene los ojos cerrados. Encuentra agradable la sensación, algo aterradora, de estar cayendo por una sustancia inescrutable, envuelto en una propiedad que no parece física sino mental, como el descenso por los abismos de un sueño de agotamiento. Enciende la linterna: es como si tuviese en la mano un rejón de luz. El chorro impecablemente delimitado, cilíndrico, casi tangible, recorre un paisaje volcánico atestado de peces ojigrandes deslumbrados por el brillo. Todo lo que el foco abarca se ve sorprendido, como un ladrón en el instante de ser pillado con las manos en las joyas; entre tanto, lo que yace por fuera del luminoso círculo que pasa sobre las piedras y las algas es como si no existiera, naciendo al contacto del esplendor. Alejandro se dobla sobre sí mismo y empieza a descender de cabeza, tijereteando el agua con las piernas. Escucha el silencio. Si retiene el aire es casi tan perfecto como la oscuridad, pero en seguida lo oye agujereado por la explosión de burbujas y luego por el sonido hondo y hueco de su propia respiración. Pronto le duelen los oídos: traga saliva y se destapan. Desciende sin esfuerzo, bordeando la imponente pared que cae vertical, iluminando, con su lanza brillante, los erizos negros de púas larguísimas, las esponjas como trompetas de hule que se mecen con calma en la corriente, los corales redondos de coraza laberíntica como cerebros enormes, los peces de colores insólitos atraídos por el resplandor. Vuelve a sentir la dolorosa presión en los oídos. Esta vez prensa sus fosas nasales con los dedos, sopla por la nariz y experimenta la destaponada. Sigue bajando, oyendo ahora la delicada y distante crepitación, como un lejano bisbiseo de insectos, que siempre se percibe en el mar, y después de unos segundos toca fondo. Es un suelo de arena lisa y blanca, ligeramente inclinado hacia las profundidades. Se detiene, moviéndose como en cámara lenta, y la arena en torno a sus aletas se altera y se levanta en nubes crecientes y luego

estáticas, densas, inmóviles, que la suave corriente se encargará de disipar. Tantea el espacio a su costado izquierdo en busca del indicador pero no lo encuentra. Pasa la mano tras la cabeza, toca el tronco del regulador y sigue la manguera que cuelga a su lado como el tentáculo de un pulpo hasta topar con el bulto del indicador. Apunta la linterna a los dos cristales. El profundímetro marca cuarenta y cinco pies; el manómetro, dos mil ochocientas libras. Sabe que a esa profundidad el consumo de aire es moderado y, por lo tanto, que el tanque le durará algo más de una hora.

Suficiente, piensa.

Se ha filtrado un poco de agua dentro de la máscara. Con destreza aprieta la parte superior del marco ovalado contra la frente y aparta la inferior a la vez que sopla con fuerza por la nariz, expulsando el agua. La máscara queda limpia. Se impulsa y nada con lentitud. Inspecciona el fondo. Distingue, unos metros más adelante, una esponja grande parecida a un cañón clavado boca arriba en la arena. Diminutos peces negros manchados de pecas azul fosforescente roen el labio, y Alejandro se asoma por encima e ilumina el interior. Esclarece un universo: los porosos muros se ven tachonados de insectos luminosos. Deja la esponja y de repente se encuentra asediado por un cardumen de palometas plateadas, de ojos saltones y cuerpo plano, nadando a su alrededor como un escuadrón de cuchillas perfectamente sincronizadas. Con la misma brusquedad con que llegan desaparecen, y Alejandro queda nuevamente solo, perforando la noche submarina con el haz de su linterna. Avanza, y a lo lejos vislumbra algo semejante a una masa de goma derretida sobre una roca. Al acercarse, la masa despliega y enrolla un tentáculo con languidez. Se arrima al pulpo: examina su cabezota de ojos protuberantes y su racimo de brazos que, al intuir la presencia extraña, se contorsionan con la gracia de una bailarina. Alejandro alarga la mano, despacio, y atrapa la cabeza con cuidado. De inmediato despierta un concierto de tentáculos que se

retuercen y entrelazan, envolviendo su brazo hasta el hombro, apretando y estirando la piel pero sin llegar a lastimarlo. Siente la resbalosa cabeza contraerse en su mano y las ventosas que chupan y estrujan su brazo. Pela los tentáculos uno por uno; se enroscan y vuelven a pegar, babeando la piel. Luego de un inofensivo combate, el pulpo escupe una nube de tinta y huye agitando los brazos, como quien abre y cierra un paraguas. Alejandro continúa. Ya no le duelen los oídos pero sabe que le conviene, de vez en cuando, tragar. Patalea sin afán, las manos a los costados, pasando sobre las frondas de algas y gorgonias que brotan inesperadas de la arena. Alumbra la fachada de roca volcánica que asciende hacia la superficie. Alumbra los tapices de coral salpicados de anémonas fluorescentes, estrellas de mar, peces pequeños y erizos negros y rojos. Alumbra las bocas de cavernas que descubre en la muralla y las investiga por dentro: algunas son poco profundas, pero otras parecen galerías con corredores que se bifurcan y se pierden en las sombras. De una gruta emerge un gran pargo rojo seducido por la luz. Sus escamas destellan como diamantes. Alejandro deja que el pez se acerque, evitando apuntarle la luz directamente al ojo, pero aun así el pargo queda sembrado en su sitio. Encandilado, se deja tocar y acariciar. Siempre apartando el foco del ojo desorbitado, Alejandro sujeta al animal por la barriga y lo siente enjabonado. Observa su córnea gelatinosa y su pupila negra y grande. Al soltarlo, el pez erra enceguecido, choca de cabeza contra una roca y escapa zigzagueando en las tinieblas. Alejandro reanuda la exploración, bordeando la formidable pared de rocas y coral, y sin saber por qué piensa en el pargo. Minutos después, comprende. La imagen del pez, ciego y sin rumbo, le recuerda con amarga exactitud su propia condición. Sí, se repite, lo peor ha pasado. Mientras patalea con suavidad, escrutando las grietas e iluminando las cuevas, escruta su conciencia y enciende las farolas de su memoria para evocar aquel *peor*. Para revivir

aquel tormento que en realidad no comenzó la noche de la llamada por teléfono, pues en ese momento todavía subsistía un terco optimismo, una frágil esperanza nacida de su misma incredulidad y de su rechazo a aceptar los hechos, sino esa tarde de lluvia en el café, porque a partir de ese momento comenzó en serio su calvario y él sintió que se aproximaba al filo de un abismo vertiginoso, como si lo estuvieran empujando hacia un gran acantilado, y de pronto se desmoronó el borde del precipicio y él empezó a caer como un descenso sin freno que se estiró en un prolongado vacío marcado por la pérdida total de ilusiones y por un horrendo y desvelado andar sin luces o norte y sin concebible sentido y sin que él llegase a entender o a sondear lo ocurrido ni a encontrar energías para soportar aquello que no se explicaba pero que no obstante debía padecer en toda su magnitud y que tuvo el poder y la fuerza de arrastrarlo por el lodazal de bares y burdeles que lejos de apaciguar su castigo lo resucitaban y volvían a clavar como un implacable aguijoneo hasta hundirlo en profundidades inconcebibles cuando de verdad tocó fondo durante una noche espantosa de aguaceros torrenciales en la que simplemente no pudo más y a través de las telarañas de su extenuada razón entrevió que no iba a poder seguir ni a dar un solo paso más hacia ningún lado porque su vida había perdido todo rastro de estímulo o sentido y mientras afuera tronaba la tormenta de pronto él pareció despertar de una larguísima pesadilla delante del espejo de baño con el rostro barbudo y demacrado por el llanto y el insomnio y con la temblorosa cuchilla posada sobre sus palpitantes, expectantes, venas azules. Conoció la derrota. Encaró su imagen furiosamente derrotada. Soltó la cuchilla, inclinó la cabeza, y se resquebrajó por completo la represa de su llanto. Sin embargo, esta vez Alejandro no sollozaba con tristeza o nostalgia, ni por la falta tan terrible que ella le hacía, ni porque de ahí en adelante él comprendió, sin lugar a duda o esperanza alguna, que él tendría

que enfrentar su vida sin su presencia, sin el calor de su cuerpo y huérfano de su afecto y cariño, sino más bien lloraba con rabia hacia sí mismo por su incapacidad de sortear un golpe devastador. Así, la pregunta «¿Cómo pude llegar tan bajo?» giraba y giraba entre aullidos, cacheteándolo al pasar como una bofetada revestida de acero. En ese instante, recuerda, lo alcanzó como un rayo pero no súbito y fulminante sino lento y agotado, titubeante en las tinieblas, el oscuro entendimiento de la única obligación: reconstruir.

En efecto, lo peor ha pasado.

Alejandro sigue merodeando el fondo, ceñido a la costa, y bastante más tarde, al experimentar las mandíbulas endurecidas por el esfuerzo y las piernas flojas del cansancio, decide regresar.

Nada sin prisa. Repasa las cuevas que ya investigó. Espanta una raya medio enterrada en la arena. Alumbra las fisuras y ranuras en la imponente pared. Avanza reconociendo la hondura de su fatiga hasta dar con la esponja semejante a un cañón clavado boca arriba en la arena, y calcula que se halla aproximadamente cuarenta y cinco pies debajo de la plataforma de tablas. Se detiene y revisa el manómetro: quinientas libras. Son las últimas libras de la reserva de aire y están marcadas en rojo. Sabe que es hora de ascender, pero antes barre por última vez el terreno con la linterna como si fuera el haz de un faro. Al rozar la fachada de la costa, en la dirección contraria a la que ha seguido, ilumina la oscura boca de una caverna. Le llama la atención que no la haya visto antes, no sólo en el curso de esa buceada sino nunca, pues está casi en línea recta luego de la caída de los escalones y es una abertura ancha y seductora. Parece el bostezo de una roca. Se acerca alumbrando el labio serrado, aún sin explicarse cómo ha ignorado la existencia de esta caverna. Ingresa con mucha cautela, pasando el rejón de luz por las rugosas paredes, atento a la posible aparición de una morena con su cuerpo

de serpiente y sus peligrosas fauces dentelladas. Apenas cruza la entrada el techo se desvanece: experimenta la sensación inconfundible de relajamiento espacial, de haber penetrado en un recinto de tinieblas más alto y profundo. Esclarece el interior: el suelo de arena, limpio de piedras y esponjas, se extiende varios metros hasta el inicio de las paredes, que trepan reuniéndose en una bóveda áspera rayada de grietas, donde las burbujas de su respiración chocan y se desmoronan como bolitas de mercurio, unas colándose entre las fisuras y otras detenidas contra el techo como si se fueran a quedar allí para siempre. Alejandro se yergue y, de pie, ilumina la bóveda salpicada de colores vivos, ardientes, constelada de bichos y arañas titilantes. Las grietas corren como suturas, y por su cabeza atraviesa el turbio presentimiento de haber ingresado en una monstruosa calavera. Se dirige con movimientos lentos hacia el fondo de la caverna y descubre que se ramifica en varias direcciones: túneles y cavidades como catacumbas que se bifurcan en la oscuridad. Alejandro se arrodilla e introduce la vara de luz dentro del túnel de boca más grande: advierte que este penetra casi recto, estrechándose progresivamente como un cono o una gigantesca cornucopia, y en el extremo más lejano, donde la luz lame imprecisa, divisa un paulatino giro hacia la izquierda. Está a punto de regresar cuando su ojo capta un destello. Al fondo del túnel, algo similar a una chispa. Intrigado, Alejandro estira el brazo, apuntando el foco hacia el comienzo del giro; distingue un centelleo rojizo, como el aleteo de polillas de fuego. No alcanza a precisar qué es, de manera que ingresa en el túnel y se acerca dirigiendo la linterna hacia el trémulo resplandor. Nada con el cuerpo casi rozando el suelo, moviendo sólo las aletas, aproximándose con suma lentitud. Entonces la ve. No lo puede creer. Avanza otro poco, notando a medida que patalea cómo los costados de las paredes se estrechan y cómo el techo también se inclina hacia el fondo de arena. Faltando un metro de distancia se

detiene y se posa en el suelo; apunta la luz y permanece quieto, admirándola. Es la langosta más grande que ha visto en toda su vida. Está expuesta, desprotegida, vulnerable, y pone en guardia sus delicadas antenas como si procurara descifrar el brillo que la envuelve. Alejandro se mueve hacia adelante y la langosta, adivinando peligro, retrocede con pasitos cortos y nerviosos. Se detiene. Tantea el agua con las antenas. Su caparazón rutila como cubierto de lentejuelas. Alejandro se acerca, atento a los muros erizados de puyas para no cortarse o rayarse, y oye el tanque de aire golpear contra el techo de coral. La langosta vuelve a alejarse, replegándose hasta topar con la pared de fondo del túnel. No tiene escapatoria. Alejandro patalea con el pecho tocando la arena y toma posición delante del crustáceo. Alarga la mano, moviéndose muy despacio, y la pasa con cuidado sobre las antenas; cuando está justo encima del caparazón, apresa la langosta. Empieza una batalla a muerte. El crustáceo jala espantado y Alejandro siente el caparazón punzante entre sus dedos como si estuviera forrado en una coraza de espinas; sin embargo no lo suelta y aprieta la mano y lo trata de inmovilizar, pero le sorprende la tremenda fuerza del animal que tira y resiste, y reconoce con una ráfaga de lástima que es la fuerza del organismo que presiente su inminente destrucción, y por eso lucha y se retuerce, agitando frenético el abanico de la cola, y en el forcejeo se le quiebra una antena en el mismo instante en que Alejandro de pronto inspira aire, y es como si le hubieran pisado la manguera. Sabe lo que eso significa. Aterrado suelta la langosta. Trata de retroceder, de bracear hacia atrás, pero el tanque choca contra el techo; intenta enrollarse, consciente de que se le ha acabado el aire, de que las bocanadas que le restan son contadas, mínimas, insuficientes para atravesar el túnel y luego la caverna y después trepar hacia la remota superficie, pero la estrechez del espacio lo hace rasparse contra los costados, rayándose contra las rocas, y sintiéndose torpe y atrapado

lo invade el pánico con el rejón de luz brincando en el caos y el tanque chocando aparatosamente contra las paredes, y cuando por fin logra dar la vuelta con las piernas y las manos y los hombros arañados por las piedras y los corales queda paralizado del terror: con las aletas ha levantado una densa nube de arena y la ausencia de corrientes en el interior del túnel la sostiene estática, compacta, impenetrable. Durante un segundo no atina a pensar ni a deducir ni a moverse, sino a mirar con pavor la niebla inmóvil cuando un grito traspasa su cerebro y en seguida se lanza de cabeza hacia donde cree que está la salida y se estrella contra la pared. Empieza a palpar los muros como un enloquecido, pues la luz de la linterna no perfora la polvareda y él ni siquiera puede entrever su propia mano delante de la máscara, y entre tanto cada bocanada es como si inhalara a través de una servilleta gruesa de papel. Choca una y otra vez contra las paredes que parecen recubiertas de astillas de vidrio, exprimiendo con todas sus fuerzas el aire del tanque pero recibiendo cada vez menos, esforzando sus ojos desorbitados a franquear el velo que, aunque bracea y patalea y avanza a encontrones, permanece hermético. Comprende que se va a ahogar. Aspira: menos. Embiste los muros escabrosos sin saber si va o viene, desorientado por el miedo, pasando las manos por arriba y por abajo, esperando la colisión de la máscara contra la punta de una roca y la explosión de esquirlas en el rostro, arañando piedras y corales venenosos que le dejan las palmas y los dedos ardidos, cortados, mordidos como si manoseara una muralla de fuego. Aspira: aún menos. Está perdido en el estrecho corredor, cercado por una tiniebla parda, y se está asfixiando. Aspira: casi nada. De repente, toca el techo en ángulo recto y reconoce que está en la boca del túnel aunque todavía dentro de la caverna, pero en ese segundo se le cae la linterna en medio de las nubes de arena y aunque toca y tantea como un lunático no la encuentra, entonces se arroja en la oscuridad hacia donde

sospecha que está la salida y se estrella contra un muro de aristas afiladas. Ciego, herido, frenético, aguanta la respiración al máximo, pero sus pulmones exigen aire y él succiona hasta dejar la boca insensible para sólo extraer un mínimo aliento, y en ese momento reconoce que el tanque está definitivamente agotado. Palpa, palpa, recorriendo la pared con las manos en carne viva, sintiendo los ojos hinchados en sus cuencas, los apremiantes latidos de su corazón trepando por la garganta y los pulmones traqueando contra sus costillas, cuando adivina con las yemas, las palmas, los codos, el dentellado labio de la caverna en el segundo en que no resiste más, entonces en un último acto desesperado aspira con fuerza por la nariz y absorbe el escaso aire que hay dentro de la máscara, que queda aplastada, pegada a la cara, y de inmediato sale a tumbos, braceando y pataleando enloquecido hacia la superficie. Sin embargo, está demasiado lejos. Se arranca la máscara; escupe el regulador mientras sus tímpanos y sus pulmones están a punto de reventar, no obstante aprieta las mandíbulas con todas las fuerzas que le restan, pataleando histérico, liberándose con torpeza del cinturón de pesas, pero su boca no obedece y se abre contra su voluntad. Traga agua. Escala en la oscuridad a un ritmo endemoniado con la represa de su resistencia completamente destruida y en forma incontenible traga agua a borbotones. Ahogándose, apagándose una por una las luces de su mente, estalla en la superficie.

Tosiendo y boqueando chapotea y azota el agua intentando mantenerse a flote, pero el peso del tanque lo sumerge y a manotazos logra sacar la cabeza, la boca, los labios, desabrochándose el cinturón del arnés para que el tanque ruede hacia el fondo. El aire que inspira a bocanadas choca con el agua que expulsa creando un tosido violento, asfixiante, y, al ver con terror que resbala, que volverá a desaparecer bajo la superficie, se abalanza con brazadas desmedidas hacia los escalones que sus abotagados ojos entreven.

Palpa la dura y lacerante roca volcánica, se aferra con las uñas, y se yergue como puede. Se zafa las aletas rotas que caen al mar y extrae medio cuerpo del oleaje, tosiendo y escurriendo agua por los oídos y las fosas nasales. Jadea exhausto con los ojos cerrados. Sin dejar de toser, el pecho rebotando en espasmos, gatea hacia arriba, buscando aire e ignorando las punzadas en las palmas y en las rodillas despellejadas hasta alcanzar la plataforma, y allí se desploma sobre las tablas como un moribundo. Tose, y respira acezante.

Pasó un largo rato. La brisa había vuelto a caer. Alejandro abrió con dificultad los ojos. Tendido boca abajo, observó la madera ante su nariz reventada, y la mano derecha, un poco más allá, doblada con los dedos sangrantes vueltos hacia arriba. Tosió repetidas veces. Le dolía el pecho y pensó que sus pulmones debían estar ensopados. Estaba mareado. La cabeza le daba vueltas y cada latido era como una detonación en su cráneo. Percibió una conmoción en sus entrañas y su estómago despidió un doloroso vómito de agua y trozos de manzana. Al cabo de un tiempo, tomó conciencia del silencio. Sólo escuchaba el remoto batido del mar, un retumbo suave y sereno, casi arrullador. Luego percibió el roce de la lámpara de petróleo, mecida apenas por el aire, contra el trozo de mástil amarrado a la plataforma. Cerró de nuevo los ojos y mentalmente recorrió cada centímetro de su cuerpo adolorido, midiendo cada raspadura, cada cortada, cada arañazo, que le ardían por la sal del mar como si le hubieran exprimido un limón sobre las heridas. Fijó su atención en los oídos que timbraban. Sabía que había violado todas las reglas y su cuerpo comenzaba a pagar el precio. Sin embargo, a la vez se sintió indescifrablemente distinto.

Se dio la vuelta, lenta y trabajosamente. Su espalda, quizás por la protección del tanque, le ardía menos. Miró

el cielo atiborrado de estrellas y se dio cuenta de lo que había ocurrido: estaba vivo. Recordó todo, y se acordó de ella, pero no pudo visualizar su rostro. Se alzó sobre los codos ensangrentados y miró al vacío: buscó, hurgó en su memoria, pero no era más que una huella borrosa, confusa: una niebla. Sorprendido, olvidó por un momento el tormento de su cuerpo y pensó que era la primera vez, desde que la había conocido, que no recordaba con claridad su rostro.